

*Carlota Brenes & A.*

ALBERTO MASFERRER

---

PENSAMIENTOS Y FORMAS

NOTAS DE VIAJE



PRECIO: ₡ 1-25

Publicado por J. GARCÍA MONGE  
San José de Costa Rica, C. A.

1921

# EL CONVIVIO

ESCRITURAS CORTAS, ANTIGUAS Y MODERNAS

EDITOR:

J. GARCIA MONGE

---

## CONVIVIOS PUBLICADOS

A 20 CTVS. ORO AM.

- Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus.*  
» » » *Pastorales y Jacintos.*  
Manuel Díaz-Rodríguez: *Cuatro Sermones Líricos.*  
Pedro Henríquez Ureña: *Nuestro Señor Don Quijote.*  
Alberto Gerchunoff: *Antología de la Versificación Rítmica.*  
Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada* y otras poesías.  
Giacomo Leopardi: *Parini* o *De la Gloria.*  
Leopoldo Lugones: *Rubén Darío.*  
Federico de Onís: *Disciplina y Rebelión.*  
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y Heroísmo.*  
» » *De la amistad y del diálogo.*  
Santiago Pérez: *Artículos y Discursos.*  
Ernesto Renán: *Páginas escogidas, I.*  
Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac.*  
José Enrique Rodó: *Cuentos Filosóficos.*  
Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares.*  
Rabindranath Tagore: *Ejemplos.*  
Julio Torri: *Ensayos y Fantasías.*  
Juan Valera: *Parsondes* y otros cuentos.  
José Vasconcelos: *Artículos.*  
Enrique José Varona: *Emerson.*  
» » » *Con el eslabón.*  
» » » » » (Segunda parte).  
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones* y otros artículos.  
Antonio de Villegas: *El Abencerraje.*

A 25 CTVS. ORO AM.

- José María Chacón y Calvo: *Hermanito menor.*  
José Moreno Villa: *Florilegio.*  
Alberto J. Ureta: *Florilegio.*  
E. Díez Canedo: *Sala de Retratos.*  
Kahlil Gibran: *El loco.*

A 40 CTVS. ORO AM.

- H. W. Longfellow: *Evangélica.*  
Fray Luis de León: *Poesías originales.*

EDICIONES  
DE AUTORES CENTROAMERICANOS  
(EL SALVADOR)

*Carlota Brenes A.*

ALBERTO MASFERRER

---

PENSAMIENTOS Y FORMAS

NOTAS DE VIAJE



J. GARCIA MONGE, EDITOR  
San José de Costa Rica, C. A.

1921



A Gregorio Martín  
y a Joaquín García Monge.

Altos representantes de la cordialidad y de la mentalidad de Costa Rica, que cada día conquistan para su patria un amigo o un admirador.

Con todo el afecto de

Alberto Masferrer

06979

9 DIC 19

Librería Alsina

IMPRESA Y LIBRERÍA ALSINA.—SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

Carlota Brenes A.

## Carlota Brenes A.

No ha menester de prólogo un libro de Alberto Masferrer, si por tal se entiende ganarse la voluntad de las gentes para que lo soliciten, lean y admiren. Por sí solo se recomienda y vale de sobra un libro de tan conocido literato salvadoreño.

Pero como juntos hemos venido a Costa Rica, y aquí, en los breves días de nuestro paso, me ha contado de su propósito de publicar estas páginas que me ha dado a leer de nuevo con otras que no conocía, no desperdicio la ocasión que me brinda nuestro cordial compañerismo para unir al nombre suyo el mío, y en tan honrosa compañía dejar este recuerdo cariñoso de nuestro tránsito en este hermosísimo pedazo de tierra centroamericana.

\*

Puedo decir, merced a mi trato íntimo con Alberto,—que data de mucho tiempo,—que he sentido nacer junto a mi corazón casi todos los

conceptos de este libro en que él pone, no sólo la nobleza de su espíritu poderoso, sino la claridad de su talento y la honda comprensión de las cosas que atañen al alma y la mente individual y colectiva del hombre, con tan pura honradez sentidas y con tan galanos decires manifestadas, que se gana por entero la voluntad del lector y lo lleva encantado y sumiso por senderos en cuya vera hay arbustos florecidos y árboles cargados de ricos frutos, bajo un sereno cielo azul encendido en sol de fecundantes rayos.

Escritas improvisadamente han sido estas páginas de Alberto, como crónicas de periódicos las más veces. Así y todo, garbea en ellas correctísima la frase, con natural sencillez, y ajustada a la idea, como está una flor descuidadamente prendida a la firme rama, desde la cual una ave del cielo lanza al viento de la mañana sus divinos arpegios.

Alberto es filósofo profundo, sin dejar de ser artista primoroso. Pero primero siente y después piensa. Ha venido, a través de sus lecturas y de su virtuosa existencia, estudiando el mundo que le rodea y estudiándose a sí mismo, sin dejarse subyugar por las influencias de un medio ambiente corruptor del sereno juicio y del buen

carácter e impregnado de errores de la mala fe o de la ignorancia.

Los libros sabios, los viajes bien hechos, el constante apostolado de la enseñanza, y su amor a la verdad y la justicia, a la belleza y el derecho y a la humanidad y a la patria, han alimentado, por decirlo así, las corrientes espirituales de su sér: corrientes de aguas puras y saludables, como aquellas que están todavía manando inagotables de la montaña de los siglos y van a confundirse en el mar infinito de la doctrina de Cristo, quien en el precepto que dice «Amaos los unos a los otros», resumió, compendió y eternizó toda la ciencia de la vida humana y la divina.

Alberto fué, en los comienzos de su carrera literaria, escritor de mucha sonoridad y pompa. Diríase un árbol exuberante de florecencia. Después, ese árbol se ha cargado de frutos. No sacrifica ahora al matiz destumbrante de la frase la esencia de la idea en sazón. Y así, si alguna vez su estilo se hace sencillo, como para hablar a los niños, se acendra de savia y resulta vigoroso de pensamiento. Medita y enseña. Ama, corrige, deleita y consuela. Tiene fe y esperanza y caridad. En lo que él escribe, se siente sano

sabor de miel y leche. Irónico puede ser a veces y travieso en sus sentencias, pero jamás colérico ni despiadado. Y es piadoso, porque es bueno. Sobre todas las cosas, rinde culto a la verdad y a la sinceridad. Por eso es un escritor que va arrojando en el surco mucha rica simiente, que ha de germinar y florecer y fructificar en no lejana estación del año.

Estas páginas que publica en Costa Rica, son a manera de flores dejadas caer afectuosamente sobre esta tierra de rosas fragantes, de hermosísimas mujeres y de encantadora legión de niños que concurren a unas escuelas admirables y ejemplares.

Buen jardinero es Alberto Masferrer. Véase si no: aquí están algunas de las flores que ha cultivado, de encendidos colores y de exquisitos aromas.

ROMÁN MAYORGA RIVAS

San José de Costa Rica, 12, Dicbre., 1920.

## PENSAMIENTOS Y FORMAS

## Soledad

CADA árbol, cada mata de hierba, cada piedra, tiene su propia alma, un alma distinta e impenetrable en que el bien y el mal luchan sin tregua... Así, qué solo está cada uno en esa lucha!..

¿Cómo esperar socorro y ayuda de otro, si él también sostiene un combate mortal?

¿Y cómo ayudar a otro, si apenas, empleando todas mis fuerzas, lograré no sucumbir a las embestidas que sufre mi propia alma?

Sálvate a ti mismo: esta es la terrible sentencia dictada contra cada uno de nosotros. Qué vanidad, entonces, constituirnos en guías de nuestros prójimos. Y qué locura constituirnos en sus jueces!

Que Dios nos ayude, y que aprenda yo a ver con respeto y piedad a cada combatiente. No' puedo darles otra cosa que mi compasión, mi piadoso respeto a su ignorancia, a su maldad, a su ceguera.

Ciego, ten lástima de los otros ciegos...

## Medio día

**N**UBES... vagarosas nubes errando sobre mi cabeza... Cantos de pájaros invisibles que parecen la voz misma de las ramas y de las hojas... susurros de los insectos que se arrastran bajo la hierba... gritos lejanos de niños que recorren los senderos solitarios... toque de la campana soñolienta que anuncia el medio día... quejumbrosos balidos de los terneros que llaman a las tardías vacas... rondas medidas de los gavilanes acechando su presa desde las altas nubes...

Y el Sol, rutilante, en la mitad del cielo, encendiendo en todas las cosas la llama de la vida...

El Sol!...

¿Por qué no adorarlo? ¿Qué mejor imagen del supremo y vivificante poder que rige los mundos?

Un dios, un verdadero, potente e infinito dios, cuyos ojos son la luz, y sus rayos la vida y la alegría...

Hora del medio día... qué fuerza, qué plenitud de fuerzas en que la intensidad del vivir se confunde con la quietud, y las palpitations de todos los seres se resumen en una somnolencia lánguida y dulce!...

## Dicha

**A**RRIBA, manchando el purísimo azul, va y viene un zopilote, ciego a la belleza del cielo, a la esplendidez del horizonte, a la profunda serenidad que le rodea, al ondeante y gracioso vuelo de las nubes, a la pureza de la luz y al fulgente brillo del sol que infunde la fuerza y la dicha en los seres y en las cosas.

El está allá, sin esfuerzo, sin advertirlo apenas, allá donde todos los anhelos inextinguibles no nos han podido llevar sino en sueños; allá donde nosotros enviamos no más nuestros suspiros... únicas alas que pueden sostenernos...

Y desde allá, mecido por el aire sin mancha, como si los ángeles y los dioses le llevaran sobre sus alas; desde aquella serenidad, desde aquella hermosura, desde aquella transparencia... él inquiere con ansiosos y devorantes ojos... en qué rincón negro y hediondo de este mísero suelo habrá un girón de carne pudriéndose, y en el cual encontrará su dicha...

## Briznas

**T**ODAS las cosas tienen una voz: desde el Océano y el Volcán, hasta la caldera que hierve llena de agua sobre la hornilla.

Todas hablan, y avisan lealmente el daño que pueden causar. Saber oirlas y atender a tiempo a sus avisos, sería el secreto de toda salud.

*El ayer ha muerto.* Cuanta fuerza se gaste en lamentar sus errores o sus tristezas, es fuerza perdida.

Lo que del *ayer* vive todavía, está en el *hoy*. Hoy es, entonces, cuando podemos enderezar sus extravíos y aliviar sus heridas.

*Sólo existe* una manera eficaz de influir sobre el mañana, y es forjarnos un buen *hoy*.

Hoy he de gozar. Hoy he de ser bondadoso,

noble y tolerante. Hoy he de ser prudente y afable. Hoy he de trabajar, y hoy descansaré. Hoy he de ser limpio, sobrio y valeroso. Hoy, nada más que hoy.— El hoy es toda mi vida, mi única vida.

\*

*Abeja, labra ese panal con certera esperanza. La miel no será para ti; mas no por eso será menos dulce. A tu vez, vives y gozas de la miel que otros ya labraron, y que no pudieron gustar.*

## Llueve

**P**ASA, con su gran cesta en la cabeza, la muchachita del rebozo magenta. Es limpia y ágil. Gallarda, con el brazo derecho en ánfora, para tener la cesta, y el otro tendido hacia atrás, para recoger las breves enaguas.

Viene del Mercado, y va hacia las colinas. El agua moja *los comprados*, atraviesa la cesta y corre a lo largo de sus cabellos, esparciéndose por entre la camisa, sobre sus hombros y sus pequeños senos.

A la noche llegará a su casa, allá arriba, en Los Planes, empapada y transida. Pero ni el barro, ni la lluvia, ni los relámpagos cegadores, ni el trueno horrorizante en la soledad de la montaña la habrán hecho llorar.

La lágrima, la única que dejará una traza en su mejilla bronceada, será por el chalecito color magenta, que esta mañana se terció a las espaldas por la primera vez, y que el agua ha empapado y ajado.

¡Ah! el lindo chalecito de color magenta...

## La hoja

**D**E qué sirve quejarse de la vida? Nació la hoja en la rama, sin que nadie le hablara de nacer; creció lozana, sin saber para qué, ni quién le daba su tersura y verdor... y cuando estaba más feliz de vivir y más ufana, comenzó a marchitar...

El mismo ardiente sol que le diera vida y hermosura, la agostó sin piedad; la misma brisa que antes la remecía enamorada, la desgajó del árbol...

Y ahora es polvo, sólo polvo, no más que polvo errante... y nadie ya se acuerda de sus gracias...

¿Por qué se ha de quejar? Una hoja nueva asoma ya, donde vivió soñando con una dicha cierta y no turbada.

Allá arriba está el Sol que da la vida, y la muerte;... aquí abajo cantó el Céfito el himno alegre de las hojas nuevas, y la salmodia de las hojas muertas.

\*

**H**AY dos trases dignas de meditarse constantemente, en las cuales se encierra una sabiduría inagotable:

La una dice: «Dios mío, perdónales, porque no saben lo que hacen».

La otra: «Sea hecha tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo».

Todas las situaciones con respecto a nuestros prójimos y a la Naturaleza, es decir, todas las penas que pueden causarnos los hombres y las cosas, se atenúan, suavizan o desaparecen, si les aplicamos la sabiduría inmensurable contenida en esas dos sentencias.

\*

*Nuestro más elevado y constante deber, es la alegría. Porque nadie da lo que no tiene.*

Si esta rosa embalsama el aire, es porque ella, de sí, es fragante.

Si encanta con la pureza de su color y la tersura de sus pétalos, es porque ella, de sí, es tersa y divinamente coloreada.

La suavidad, la fragancia y la luz, son en ella constantes y rebozantes gracias, y espontáneamente se derraman y esparcen para dicha nuestra.

Pues tú, si no eres dichoso, ¿cómo harás a nadie dichoso?

¿A quién harás feliz, si no tienes felicidad en ti?

Y si no haces feliz a nadie, ¿para qué sirves en la vida?

Una florecita, una hierba, un pájaro, hasta una nubecilla que en un instante se forma y se deshace, nos regocijan y fortalecen con su hermosura y con su gracia.

¿Solo tú has de ser tenebroso, fúnebre y sembrador de hastío y desesperanza?

Vive, pues, alegre. A toda costa, aunque te halles muy agobiado y muy herido, conserva un rinconcito luminoso en tu espíritu, para que de ahí emanen luz y serena ventura.

## Escultura moral

UN escultor trabaja el mármol, cuya pureza es un aliciente y una compensación de la resistencia que ofrece.

Los colores que emplea el pintor, son la pureza misma, son luz condensada, son gotas de sol recogidas de sobre las hojas, de las flores, de las plumas del colibrí, de las alas de las mariposas y del manto de las praderas.

El músico forma su lenguaje con elementos tan puros, que ni siquiera tienen forma: los sonidos son inmateriales, son voces del espíritu, y el oído no alcanza a percibirlos sino por ser tan vagas, ténues, indecisas y aéreas. Si la música es un lenguaje universal, es porque todo en ella es pureza, espiritualidad y transparencia.

El poeta ha de recoger a veces las palabras del lodo, del lenguaje vil de la taberna y del

prostíbulo: limpiarlas, aerearlas, purificarlas; mas si hay en él una inspiración verdadera, luego las transforma en materiales tan puros y nobles como los sonidos y los colores.

Mas ved, ahora, sobre qué y con qué ha de labrar el estadista, el reformador de un pueblo. Fango, fango, fango y tinieblas: unos son ignorantes, otros estúpidos, otros rutinarios. El que no es cobarde, es codicioso; el que no tiene codicia, estalla de vanidad; el que no tiene vanidad, hierve de orgullo. Unos son esclavos, otros tiranos, otros ambiciosos, ... y la malicia se los come a todos.

¿No es un milagro que un hombre pueda fundar un pueblo, o regenerarlo, así con semejantes materiales?

Tales hombres han sido llevados casi siempre a buscar un apoyo en Dios, a sentirse predestinados, a creerse simples instrumentos de lo Alto.

Esa es la sicología de Moisés y de Cromwell.

## Una perla

(Angellita Esquivel, pianista)

CUÁNTO tiempo estuvo aquella perla, escondida en el fondo del mar?

¿Cuánto tiempo vivió de sí misma,—como el sol, y las rosas, y el ruiseñor—ignorada y feliz, oscura y satisfecha, cantando sin palabras la canción íntima de la más honda música; como una flor silvestre cuyo aroma sólo conocen las mariposas y los pájaros?

El azar desprendió la concha de la roca nativa, y la perla, todavía en su relicario de nácar, vino a irisar la luz del sol; y entonces las admiradas gentes vieron que aquella *era una perla*. No una piedra relumbradora y ostentosa, hecha de vidrio y de réclame, de sugestión y moda, brillante a fuerza de lima y de artificio... sino *una perla!*

Realmente, una hija de la onda y de la luz; de la espuma y la roca; del silencio y del tiempo. Sencilla y perfecta, tenue y firme, apacible y profunda... una perla, en verdad!

## La semilla

Lo esencial para trabajar con éxito por los demás, es renunciar al éxito, o más bien, no cuidarse para nada del éxito.

El afán de ver, de tocar, de disfrutar los resultados, o siquiera de apresurarlos, nos induce a errores, a violencias y a injusticias.

Cojemos una buena semilla, y la sembramos en las mejores condiciones. ¿Qué nos toca enseguida? Confiar en la Tierra y en el Sol. Ellos harán lo que falte: la semilla nacerá, crecerá, y dará frutos *a su hora*.

Así es con las ideas: hecha nuestra labor, abandonemos a Dios los resultados. Sólo así el trabajo por lo demás no nos sumergirá en la inquietud, y no nos acarreará despecho, tristeza, arrebatos y desesperación.

## Libertad

Hoy, cuatro de junio, he sentido, después de tanto tiempo ¡una impresión! de libertad serena y profunda. Que en este Amberes, donde 400,000 almas luchan mortalmente por el dinero, la fama, el poder y el fausto, yo, no solamente no lucho, sino que ni siquiera hago notar que existo...

Y aún más, que mi gozo no necesita de nada para sostenerse. Otra caricia del aire purificado por la lluvia; otra ronda de esa golondrina que revuela sobre mi cabeza; otro efluvio de esas flores que están en ese gran parterre, detrás de mí; otras gotitas de agua que se posan en mis manos y en mis cabellos...

Nada más.

Y siento que el mundo, y hasta el más insignificante ser, pueden vivir y gozar sin mí; que las nubes seguirán su vuelo y los hombres sus

penas y sus alegrías, y los árboles derramarán sus hojas, aunque yo me esté aquí, sentado, inerte, sin hacer, sin pensar, sin luchar.

¡Así es que *soy libre!* Mi corazón puede latir tranquilamente, mi ojos cerrarse, mi cerebro dormir, sin que uno solo de los seres padezca por mi falta. Un Poder más alto sustenta en su mano inflaqueable las vidas, y lleva los destinos de los hombres como el viento las semillas de las flores.

A mí no se me pide más que una cosa: no hacer llorar, no hacer sufrir.

Puedo alejarme en paz, cuando suene mi hora, y mientras, puedo vivir en paz...

## Vislumbre

**Q**UE un hombre sólo manifieste las ideas que ha meditado larga y hondamente, no es lo mejor, acaso.

Entre las mil figuraciones, pensamientos, ensueños, fantasías y aun delirios que pasan por nuestra mente como celajes en un atardecer o como relampagos en una tormenta, acaso hay más de una verdad cuya trascendencia no sospechamos, y que dejamos pasar, porque, orgullosos, no confiamos sino en lo que nuestra reflexión ha confirmado.

¿Quién sabe de dónde viene la luz ni a dónde va? ¿Quién sabe de dónde surgen y a dónde se encaminan los inesperados pensamientos del hombre?

¿La instantánea eflorescencia de la luciérnaga, no es, quizá, de la misma naturaleza que el fulgor de la estrella?

## Ritmo

**S**OBRE la hoja del plátano, limpia, verde, tersa, como de raso, dejó la lluvia un reguero de gotas, grandes unas, otras más pequeñas, otras pequeñitas, como el chisperío que salta de un tizón ardiendo. Va subiendo el sol, y el reguero de gotas empieza a elevar un canto, una sinfonía de colores.

Todas las piedras preciosas están ahí: el diamante y el ópalo, el zafiro y el granate, el rubí, la esmeralda y las amatistas apacibles. Pero sus colores no son los mismos de las piedras de joyería, sino que son cambiantes, con tonos y matices imposibles de describir. Una transparencia tal en el diamante, una intensidad de la llama en el rubí, una claridad en la esmeralda, una pureza en el zafiro y una suavidad en los ópalos, que parecen vivientes por sí mismos, casi abstractos, casi inmate-

riales. Son la conjunción de la pura luz del sol con el agua purísima que bajó de las nubes.

Dos purezas, dos cosas sin mancha, dos ideas casi, nacidas en la mente de un divino espíritu, y que el ojo humano, por no sé qué milagros del amor, puede advertir y contemplar!

Un hombre, un alma de hombre podría volverse así de transparente, de pura, de luminosa, de intensa.

Si... vibrando con una sola vibración.

## El cauce

LA forma humana no es sino como el cauce de un río, por donde el espíritu circula, luchando, modelándose, hasta ser capaz de una vida y de una forma superior. Acaso, también, degradándose, hasta volver, a veces, a formas inferiores...

Es un sueño aquello de que la especie entera alcanzará un día una perfección excepcional, plena de virtudes. El individuo sí, la especie no. Si ésta llegara a un grado tal como se sueña, tendría que desaparecer. La vida humana, es, así, un campo de lucha individual. Bajo la misma forma de hombres, se ocultan seres de muy diversa escala, de muy diversa edad espiritual. ¿Tal vez algunos esencialmente diferentes? ¿Algunos ángeles, algunos demonios, algunos fieras?

Por esto no se podrá nunca establecer la

*igualdad social.* El único trabajo discreto será equiparar, de tiempo en tiempo, las circunstancias principales, el punto de partida, y ayudar constantemente a que *la mente* de cada uno reciba la mayor cantidad de luz. Sobre todo, de los que más ignoran.

\*

*En la vida* hemos de colocarnos como actores, que son a intervalos, espectadores. Sólo actuar, vuélvenos egoístas, duros y estúpidos; sólo contemplar, nos hace tristes, sin carácter, incapaces. La gracia está en asumir uno y otro papel, alternativamente, entregándonos a cada uno con todas nuestras potencias; olvidando enteramente la escena cuando estamos en el anfiteatro; olvidando del todo el anfiteatro cuando nos hallamos en la escena.

\*

*La tragedia esencial* de la vida humana radica en el hecho de que todos los actores piensan tener razón.

El drama por excelencia será, pues, aquel en que el protagonista y el antagonista se sientan

igualmente justos e inocentes; de tal manera que uno y otro se crean víctimas.

Es una dramática vulgar aquella en que el verdugo es y se siente verdugo. El Thenardier de *Los Miserables* realiza el buen tipo de malvado inocente, de opresor justo, a un tiempo víctima y victimario.

## Pantheos

UNA vez que he penetrado en los dos infinitos; una vez que he visto, arriba la polvareda de los astros, mundos en que se mueven innúmeras humanidades; abajo, la gota-océano, la gota de agua en que se agita el torbellino de los imperceptibles, no me queda más que morir, desvanecerme quebrantado por la pesadumbre abrumadora de la vida. Empero, si tales pensamientos pueden bullir en mi cabeza sin romperla, es que yo también soy un astro, que yo también soy luz. Entonces, espero, aguardo a que la temblante aurora de mi alma se extinga por sí misma; a que la sombra sin límites en que se pierden todos los resplandores, eche su velo sobre mi débil claridad.

## Belleza

LA belleza está en nosotros mismos. En los senos escondidos del alma es donde viven las hermosuras y las sublimidades; y se nos hacen palpables, cuando en los seres exteriores hallamos algo semejante a nuestra propia concepción. La rosa, en sí misma, no es mejor que la estrella, ni hay más resplandores en un sol que en un gusano, ni el rastrero gusanillo desmerece junto a la montaña. Pero el prisma de nuestros ojos da a unas cosas los colores del iris, y a otras los tonos de la niebla.

## Deber

LA gloria no, pero sí el deber. La gloria no, ¿hay, por ventura algo perdurable sobre la tierra? El mundo que rodaba entre Marte y Júpiter, del cual no quedan sino escombros, bogando ciegamente en el vacío, ese mundo ¿no fué morada de almas? Allí hubo lucha, allí hubo el hervidero de las pasiones; allí la ciencia, el arte, el derecho, se abrieron paso por entre lágrimas y sangre. Allí hubo calvarios y hogueras para los mártires; allí también ridículos y horribles tiranos bebieron la sangre de los oprimidos. ¿Dónde está hoy la historia de ese mundo? ¿dónde las estatuas que inmortalizaban las grandes victorias? ¿dónde las maravillas de la música y de la poesía? ¿dónde el culto tributado a los insignes bienhechores?

El deber sí. Obrar conforme a nuestra ley interior, no romper el concierto de las fuerzas,

no ser la nota disonante en la sinfonía de Dios.

Esta idea es el gran móvil. Por esta idea marchamos al par de todas las criaturas: va la espiga, y presenta su grano; va el pájaro, y ofrenda su canto; la abeja, y ofrece su miel; el huracán, y da sus alas para llevar los gérmenes; la tierra, y presta su savia; el hombre, y tributa su pensamiento.

Esta obediencia es nuestro vasallaje al gran Rey, el único libre entre los seres.

## Conócete a ti mismo

LA extensión de este mandamiento es doble. Primero, exige el conocimiento del hombre en general; como si dijéramos de la psicología humana, la cual se bifurca en las de raza, sexo, nacionalidad y época.

Segundo, exige el estudio de sí mismo, el autoanálisis de cada uno, con sus idiosincrasias, pasiones, tendencias, taras y enfermedades, vocación, virtudes, defectos y potencias.

Lo primero, se necesita para comprender la historia, la política y el arte de gobernar; lo mismo que el sentido íntimo y el contenido social del Arte y de las Letras en cada lugar y tiempo.

Lo segundo, de mayor trascendencia, nos enseña el gobierno de nosotros mismos y el camino de nuestra salvación, que no es otro que el de la humildad.

El hombre que llegue a conocerse, por fuerza será humilde; y siéndolo, podrá entrar en el sen-

dero de la caridad—sin la cual, enseña San Pablo, ninguna cosa tiene precio, ni aun la limosna.

Como la caridad es el anhelo de vivir en los demás, o sea el amor a Dios realizado mediante el amor a sus criaturas, se comprende que sólo el humilde sea capaz de tan fervoroso deseo; pues el soberbio, sintiéndose por encima de todos, superior a todos y diverso de ellos, no puede amarles, ni verles con ternura y respeto; antes bien y únicamente, como instrumentos y satélites de su propia gloria.

Mas el hombre que se conoce, perderá la soberbia. Se tornará más y más humilde cuanto más se conozca, hasta llegar a comprender y a sentir que toda excelencia, hasta las más suyas y propias, no están en él sino de reflejo, pues su verdadera, real y perdurable residencia no es el yo, la individualidad, sino el Todo, la *Universalidad*, que es la manifestación de Dios.

De este conocimiento, que es *caridad*, se origina la *santidad* o perfección, que nos lleva a ser salvos.

Bien dijo quien dijo que el conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría. Mejor dijera si dijera que es también su camino y su coronamiento.

## Fuerza

LA fuerza es *una*: igual la que se gasta en escudriñar un misterio, que en balancear ociosamente las piernas. Igual la que cristaliza en un verso, en un cuadro, en una sinfonía, que aquella que labra la tierra con la azada, o la madera con el hacha.

El niño no cuida de sus fuerzas, porque le sobran, y porque derrochándolas las ejercita y las aumenta. Mas el adulto, si ya decae o tiene que gastarse en muy rudas faenas o consumirse en hondos pensamientos, debe encauzarlas y economizarlas; no gastándolas sino con plan, sobriamente, contenidamente.

Nos conviene, si es que ya estamos penetrados de esta unidad esencial de las fuerzas, ahorrar movimientos y palabras inútiles, huir de arrebatos y sacudidas, y no andar arrastrados de imaginaciones sin freno y de pensa-

mientos sin cauce. Nos conviene el trabajo concreto y regulado, o el descansar entero y hondo. Nos conviene, como al león, ser mesurados e intensos; reposar, dormir profundamente, rehacernos, distender los nervios y olvidarnos de la presa, mientras no llega el instante de acecharla y de saltar sobre ella.

Los niños conocen y practican esta economía del león y del águila: cuando no juegan, reposan; recostándose, reclinándose, adoptando siempre relajadas y cómodas posturas. La rigidez social o escolar que les impone sentarse bien, pararse bien, enderezarse, andar erguidos, es para ellos una tiranía inexplicable, y la evaden tanto como pueden.

Las sillas sin brazos son una maldición: la mesa de trabajo, torpemente construída, que nos obliga a empinarnos o a encorvarnos, nos roba, nos defrauda las fuerzas. El hombre, con solo estar de pie, ya realiza un duro trabajo, y es necedad o maldad cansarle y fatigarle cuando y ahí mismo donde se imagina que descansa.

Nuestras fuerzas son nuestro tesoro; precisamente, nuestra vida. El reposo es el manantial que las alimenta y las renueva. El

movimiento contenido, sobrio, equilibrado, es el que las concentra e intensifica y sereniza, extrayendo de ellas la energía y la gracia, que cabellera loca de una catarata, trenzando la iris, que es también una flor.

## Fidelidad

**P**OR un tiempo más o menos dilatado, el Destino y la Naturaleza esperan con paciencia a saber si un pueblo es, por fin, capaz de comprender a fondo el trabajo que de él se exige, la misión a que está llamado. Pero, fatalmente, por virtud de leyes supremas, aquel pueblo que no ha sabido o no ha querido comprender, aquel que se evidencia inepto, es condenado a desaparecer, a ceder el puesto a los más capaces, a los que hacen la vida y merecen vivirla.

Para quienes examinan las cosas atentamente; para quienes tienen ojos para ver y oídos para entender, no es imposible advertir cuál es esa misión particular que el Destino ha señalado a cada pueblo: la posición geográfica, la lengua, el suelo, la raza, el genio nacional, el momento histórico, nos dan siempre

indicios claros de cuáles son nuestras capacidades, *nuestra vocación*, y, por consiguiente, *nuestro deber*.

Y una vez penetrados de cuál es la tarea especial que debemos cumplir, no queda sino entregarnos a ella con entera confianza, con esfuerzo incesante, con *fidelidad absoluta*.

La fidelidad es todo en la vida; quien la practica como una religión, llega siempre a su fin; porque el tiempo, los sucesos, los hombres y las cosas, se convierten, día por día, minuto por minuto, a su causa; porque hasta los fracasos mismos colaboran con él, enseñándole a rectificar el camino; porque desde las hojas errabundas hasta las estrellas inaccesibles, todo cuanto existe reserva una palabra de aliento y de enseñanza para susurrarla amorosamente al oído del hombre o del pueblo que saben ser fieles a su misión, a su vocación, a su deber.

## Una punta del velo

### LA LEY

**H**AY leyes. La ley impera en todo y sobre todo. Siempre, y en todas partes.

La sabiduría consiste en esta consciencia y presencia de las leyes. El bien, en conformarse a su imperio. El poder, en comprender su manera de actuar, y actuar según ellas.

El acto, el pensamiento, la emoción, el deseo, el ensueño, todo cae bajo la jurisdicción de la ley.

Reducir las leyes a *la ley* es, en el pensamiento, *omnisciencia*; en la conducta, es *santidad*; en la contemplación, es *arte*; en las tres esferas juntas, es *perfección*.

Ni una hoja del árbol, ni un pensar del cerebro, ni un palpar del corazón, ni un destello del astro, ni un rumor de la onda,

ni un roce de las briznas de hierba... nada se produce sin sujeción a la *Ley*.  
Escudriñar, interpretar, aplicar la *Ley*: ese es el camino de la resurrección.

### LAS CLAVES

PURIFICAR, unificar, ritmar, son las tres claves de la existencia y de la perfección.

La salud y la fuerza, están en la pureza. La energía y la gracia, están en el ritmo. El amor, la paz y el reino de Dios, están en la unificación.

Todo mejoramiento político, social, individual; corporal, mental, espiritual, es un proceso de purificación. La concentración, que da origen a la clarividencia y al éxito, es unificación. La armonía, que es la faz musical de las cosas, viene del ritmo. La perfección viene de ser *puro, uno, rítmico*. En el fondo, esas tres maneras de ser se compenetran y se confunden. Cualquiera de ellas conduce a las demás.

## LA ESCALA

VERDAD, bondad, beldad, esa es la escala que ha de subir el hombre para libertarse y redimirse: elevar la verdad a bondad, y la bondad a beldad. La verdad está en la raíz de la vida, y el canto, en la flor. En medio, en el tallo, se encuentra la bondad. La ciencia y el arte no tienen valor si no van por el camino del bien. Solos, emancipados de la bondad, son Lucifer y sus adeptos, los inventores de gases asfixiantes.

## LA CAIDA

LA más desgraciada aventura que pudo acontecer al Hombre (en otro tiempo, en otro mundo, el hombre era un espíritu, un ángel) fué encarnar, es decir, revestirse de forma humana en este rincón de la Materia al que llamamos Tierra.

Y no porque la materia en sí sea una cosa

vil y maligna, sino porque sus cualidades son *contrarias* a las del espíritu. La materia es la antítesis del espíritu; pero en forma tal, que al unirse los dos no se forma una síntesis, un equilibrio, sino una aberración, un desequilibrio, un descencuerto.

De ahí esta consecuencia fatal, que nos explica la inmensa desventura humana: *el hombre es un monstruo*. Su vida toda es el resultado de esa característica, y por eso es que hay en el hombre vicios, pecados, enfermedades y excentricidades que no conocen los otros seres; ejemplos, el asesinato, la avaricia, la tiranía, el suicidio, el narcotismo y la locura.

Mientras que los demás seres terrestres cumplen fielmente su destino, porque son de la Tierra, porque están en su propio medio, el hombre se agita y se debate en el descontento, en el trastorno y en el vicio. La serenidad, este don que otorgaron los cielos a las criaturas inocentes, es desconocido del hombre; sino es en los primeros años de su niñez, y cuando todavía no tiene la conciencia de su destierro.

No pudiendo vivir, —vivir en la sonrisa y en el canto como las flores y los pajaros, vivir en el sosiego y en la paz como las bestias y

las rocas,—quiere el hombre olvidar. No pudiendo olvidar, porque su espíritu no se conforma con su cárcel, el hombre se exaspera, huye de sí mismo, precipitándose en el juego, en la embriaguez, en la codicia, en la lujuria, en la ambición, en el movimiento vertiginoso, en la morfina y en el opio, en el suicidio y en la guerra...

Mas,... *resucitaremos de entre los muertos*, según la promesa del Cristo. *Resucitaremos*, es decir, si encontramos la clave para armonizar nuestro espíritu con nuestro cuerpo, podremos un día emanciparnos de la carne, evadirnos de la materia, y volver a morar en aquel planeta de donde fuimos arrojados por nuestra ceguera y nuestra culpa.

## ADAN, EVA

ADÁN, Eva, es decir, todo el linaje humano simbolizado en esos nombres, delinquiró, *degeneró*, se hizo inferior e *inadaptado* al medio en que vivía; *cayó*, y por virtud de su caída vino arrastrado hasta el oscuro mundo terrestre, a errar y padecer en la materia.

No delinquieron un hombre y una mujer, sino una vasta porción, acaso la totalidad de hombres y de mujeres que formaban nuestro linaje.

La falta no fué de lascivia, como suponen imaginaciones groseras, sino de *soberbia*. Afán de ser más altos, afán de dominio, afán de ser dioses, afán de predominio y de orgullo, tal como la leyenda lo expresa en el símbolo de Lucifer.

Entonces como ahora, la soberbia fué la raíz y cabeza de todo pecado, pues de ella se originan la tiranía, la opresión, la vanidad, la guerra, el odio, la separación, la discordia, la destrucción y la venganza.

Este *pecado original*, levadura maldita que fermenta en el corazón de nuestro ser, es el que aquí purgamos todos; no pagando justos por pecadores, que sería monstruoso, sino expiando cada uno su propio delito, como es justo y debido.

Los hombres que se purifican, los que llegan a ser perfectos, como lo pedía Jesús, salen de esta prisión, desencarnan, *resucitan de entre los muertos*, ascienden, y no vuelven ya más; salvo que por su propia voluntad lo hicieran, en misión redentora.

Los otros, aquí estamos perpetuamente errando de una existencia a otra, yendo y viniendo por la escala sin fin que Jacob viera en sueños, erecta entre el cielo y la tierra. Hoy mariposas, mañana reptiles; hoy auroras, mañana tinieblas; hoy ángeles, mañana demonios... ¿quién sabe si hasta larvas inmundas?...

### LA TAREA AQUI ABAJO

No se trata, para merecer la liberación, de aniquilar el cuerpo a semejanza de los ascetas medioevales. Esto sería fácil, y por ese camino, libertar, purificar el espíritu, no costaría más que libertar a un prisionero derribando la paredes de su prisión.

La tarea que se nos exige es mucho más ardua: no es destruir nuestra celda, sino sublimarla. No es derribar sus muros, sino diafanizarlos; a modo de que la luz, el canto, el pensamiento y el amor penetren al través, y ensanchen nuestro calabozo, hasta que ahí dentro quepa el infinito.

El cuerpo ha de ser un servidor del espíritu;

pero no un esclavo que obedece a golpes, sino un devoto, un fiel, un adepto, que sirve por amor.

La materia así espiritualizada, se vuelve un instrumento de prodigios. En eso está la clave de los milagros, y ellos nos explica por qué en la vida de Jesús no se encuentran huellas de ascetismo.

### LAS FORMAS

UNA masa, una forma y un movimiento, constituyen la vestidura perceptible de un ser. La línea, el movimiento, el aroma, el color y el canto, sirven a los seres para decir su voz, para manifestar su pensamiento y su corazón. Un rinoceronte, un hipopótamo, de pobre o ninguna expresión colorida, nos dirán lo que son por medio de las líneas que determinan su forma. El pino, el cocotero, el conacaste, el mamey, disponen de la línea, del color y del movimiento: tienen la postura gentil, el color esplendente y los ademanes graciosos. El ciervo y el león se expresan con movimientos ágiles y

con la esbeltez de sus líneas. La rosa, sonrío con sus contornos, habla con sus colores y canta con su fragancia. Las siete notas del arco iris, danzando vertiginosamente en el aire, forman un pica-flor; la chiltota, es una llama que canta; la paloma, es una ondulación que arrulla. La camelia, es una curva que a fuerza de ser pura se ha hecho blanca, y a fuerza de ser blanca se ha tornado plegaria.

El hombre fué agraciado con todas las voces: la forma, el movimiento, el color, el canto y, además, la palabra y la risa. Solamente que mientras las flores, los árboles, las fieras y los pájaros ya nacen agraciados, cada uno con su don natural y constante, el hombre suele no tener otra cosa que la posibilidad de conquistarlos, y eso, con el trabajo de mantenerlos, y el riesgo de que se le adulteren o se le arruinen.

Porque las formas, y todas las fuerzas y virtudes que en ella se contienen, son una creación del espíritu; lo mismo se mejoran que se pierden, según así lo alcancen los esfuerzos de la voluntad.

En los seres, considerados exteriormente, la forma es lo esencial, y la materia lo accidental. Mientras que la materia de mi cuerpo cambia

constantemente y se renueva entera en unos pocos años, mi forma subsiste, inalterable o sin alteraciones radicales, durante toda mi vida. Y es que la forma es pensamiento, vibración, y, por consiguiente, ocupa una jerarquía más alta que la materia entre los elementos que constituyen el ser. Se comprenderá bien la relación de la forma con la materia, considerando la relación que existe entre el cauce de un río y el agua que corre dentro de él. Vemos el mismo río diariamente, por años y años, y nos imaginamos que es el agua lo que estamos viendo, cuando, en realidad, sólo es su forma, la figura del cauce. El agua pasa, pasa, sin detenerse y sin volver.

Las formas son sagradas: ellas expresan el pensamiento divino que ha determinado el origen y el destino de cada especie. Cuando la vibración que origina y mantiene una forma, alcanza un cierto grado de intensidad y de ritmo, la forma se purifica y se embellece.

Así, la posibilidad de todas las criaturas es llegar a ser bellas, si tal fuere su aspiración intensa y constante.

La aspiración es la mayor entre las fuerzas del espíritu. Su poder es ilimitado. En reali-

dad, el espíritu es aspiración. Cuando la aspiración es intensa, concentrada y constante, se torna voluntad.

¿Qué será cada uno? ¿A dónde llegará cada uno? A donde aspire, a lo que aspire. Tal significa el antiguo decir: querer es poder.

Jesús expresó la omnipotencia de la aspiración en estas palabras: «buscad y hallaréis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá». Libre cada uno de llamar a las puertas del cielo o del infierno; de pedir luz o tinieblas; de buscar la riqueza o la justicia. De todas maneras, se le dará lo que pida, lo que desee constante y fervorosamente. Todos los seres se hallan sometidos a esa ley.

Nuestra forma se enaltece o degrada constantemente, en proporción a lo que aspiramos, a lo que pensamos de continuo. El niño, que viene del reposo, del olvido; que ve el mundo como una mariposa a un jardín, tiene bella forma casi siempre, o, por lo menos, nada hay en su forma de repelente y de grotesco, sino en los muy raros casos que llamamos fenómenos. Especialmente son bellos sus ojos y las líneas de su fisonomía, a eso de los siete años, cuando apenas comienza a traspasar el umbral

de la vida consciente. No tiene arrugas, no tiene fruncimientos, no tiene encrucijadas en la piel ni suciedades en los ojos. Porque no tiene aún malicia, ni codicia, ni envidia, ni soberbia.

Vienen poco a poco la vanidad, la ira, la avaricia, el rencor, el orgullo, y el semblante se va deformando gradualmente, hasta no parecerse ya en nada al bello y atrayente rostro que un día conocimos y admiramos. Aquel saço de grasa, de abotagados ojos, pelada la cabeza, sembrado de barros y excrecencias, es el mozo arrogante que admiramos a los quince años, de luminosos ojos, de frente lisa y pura, de cabellera reluciente, de pecho fuerte y de garboso andar; todo él sonrisa, risa y canto. El mismo es; sólo que entonces llevaba en la mente rosas y estrellas, y ahora lleva pagarés, venganzas, ansia de dominio, mentiras sin cuento, gula insaciable, lujuria perpetua, remordimientos que no duermen.

Eso es ahora, en eso piensa, eso desea; a eso aspiraba, eso se le ha dado. Su bella forma de antes, desapareció. El movimiento armónico que la sostenía, se volvió sacudidas y arrebatos. El ritmo de su vibración, cayó en

ruido agrio y convulsivo, y entonces la sinfonía de su forma se tornó charanga estridente, zambra repulsiva y grotesca. Las curvas se rompieron o se trocaron en rectas duras y embarbascadas; las suaves ondulaciones de la ceja, de la boca, de la frente y del cuello, se desviaron, se alteraron en curvas agudas, o degeneraron en líneas dudosas, indecisas, en nudosidades y hondonadas, en ángulos duros y repelentes, en sinuosidades amenazantes.

Así anda él por dentro. Y por más que sus cosméticos y la hipocresía de su sonrisa digan otra cosa, el observador atento sabrá leer la verdad en aquellas formas reveladoras. Estas lo mostrarán como realmente es, en toda la triste actualidad de su vida interior.

Es como lo dijo Oscar Wilde: «no hay vicios ocultos; todos se revelan en la fisonomía». La forma, que es la manifestación del espíritu; el cañamazo en que éste borda día por día, hora por hora, minuto por minuto sus sueños y ensueños, sus tristezas y alegrías, sus despechos y satisfacciones, sus heroísmos y bajezas, sus dones y usurpaciones, sus éxtasis y sus descreimientos, sus caridades y sus mezquindades, revela al ojo experto la contextura real

del alma; la vida pasada y presente, la tela de seda o de hollín tejida con nuestros pensamientos y emociones.

El pintor y el cómico poseen en detalle esta ciencia de leer en el espíritu a través de los gestos, de los ademanes y de las actitudes. Saben ellos que todo movimiento del alma, todo hábito mental o emocional, toda aspiración y todo recuerdo, todo remordimiento y todo éxtasis, toda ilusión y toda esperanza, toda ascensión y toda caída, dejan una huella en la forma, y que la mano, el ojo, la comisura de los labios, la depresión de las sienes, el fruncimiento de las cejas, la tesura del cutis, la comba de la frente, el tono de la sangre, la agitación de los pies, el compás del andar, son las teclas fieles, sutiles y exactas sobre las cuales va marcando el espíritu los tonos multiformes de su vida interior. Maestros en tal conocimiento, ellos saben mostrarnos sin necesidad de palabras, cómo se plasma la materia, sumisa aunque tardía, bajo la presión del espíritu; dejando en la carne, a cada movimiento, así sea el más leve y más inadvertido, una huella, una marca, que agrandada, disminuida, contrariada o reforzada por las que ya existían, determina la

modalidad exterior y visible que se llama La Forma.

Así pudiera un río, si fuéramos capaces de comprender las voces de su cauce, relatarnos su historia minuciosa, desde aquel día, cuando empezó a serpentear como una hebra de plata sobre el lomo de la montaña, hasta hoy, cuando sus aguas silenciosas arrastran los últimos desechos de los montes que un tiempo le opri-  
mieron.

En una forma pura, bella, rítmica, el mal influye escasamente, y aun nada. La enfermedad no viene o se va de por sí, cuando el espíritu comienza a purificar la forma que le manifiesta, y las fuerzas hostiles de la Naturaleza se abaten a los pies del hombre perfecto, como las fieras ante la serena mirada de quien las ha domado y subyugado. «No temáis, soy yo», dice Jesús a los discípulos amedrentados, mientras él camina serenamente sobre las aguas del lago tormentoso. Francisco de Asís, entra en pactos cordiales con el lobo de Gubbio, quien le estrecha la mano en señal de amistad y alianza. En el foso de los leones, éstos se humillan ante los compañeros de Daniel, y en el horno ardiendo, cuando este hombre de Dios

es ahí arrojado por los sátrapas de Darío, las voraces lenguas de la hoguera se recogen tímidamente, y se esquivan para no interrumpir la oración del Profeta.

Las llamas advirtieron que en aquel cuerpo sin manchilla moraba un fuego superior, un alto espíritu que había purificado su forma, hasta el grado de hacerla inconsumible para el fuego terrestre.